

UN GADITANO Y UN FLAMENCO.

Imitacion del ingles.

I.

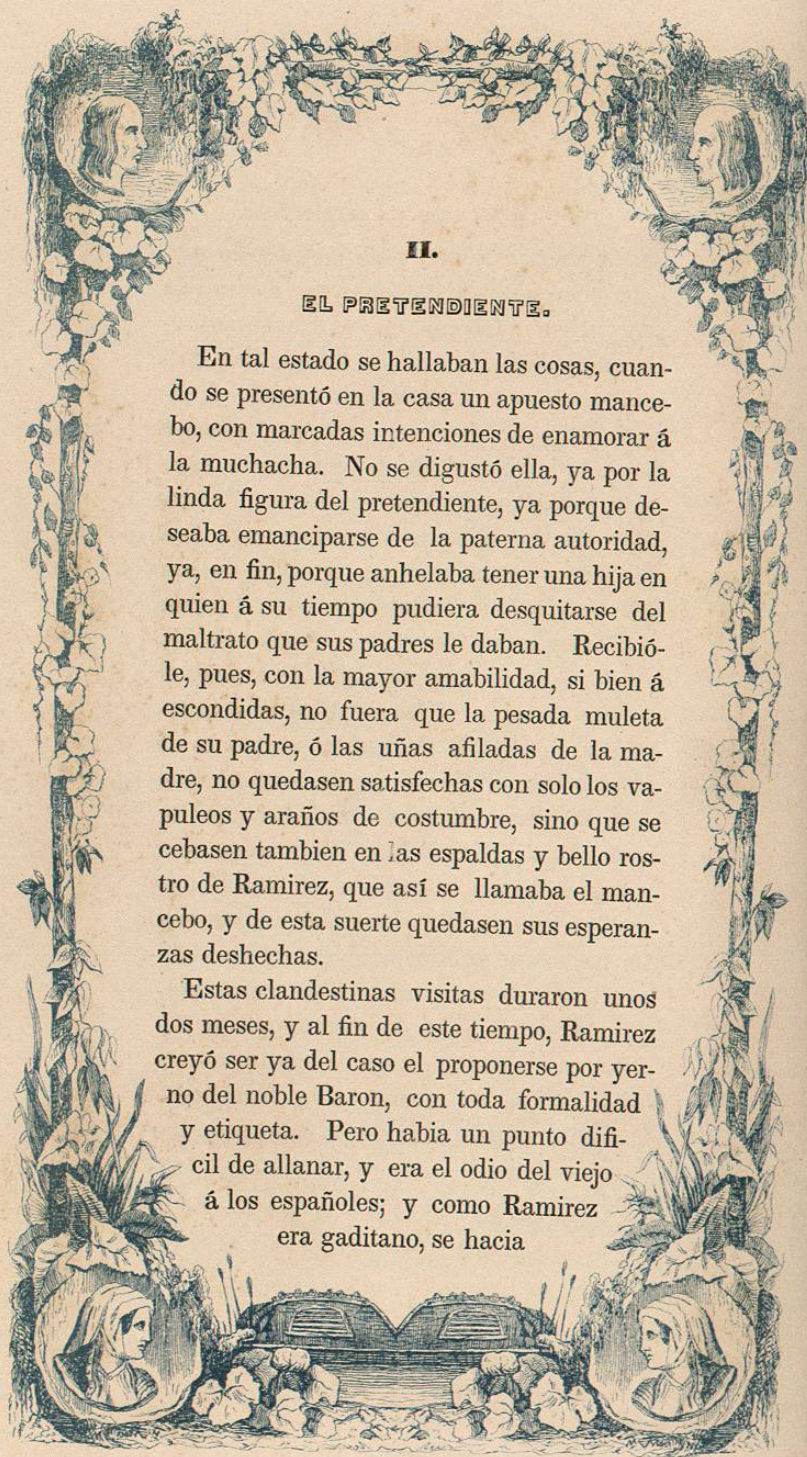
LA FAMILIA VAN-MISERABUSTCH.

A mediados del siglo XVII vivia, en una espaciosa morada de la ciudad de Berg-op-Zoom, el Baron Van-Miserabustch, sugeto distinguido, así por su castiza nobleza, como por su valor personal, el cual, á creer lo que él contaba, no fué inferior al de Alquiles, ni al de Bernardo del Carpio. Verdad es que ahora, aun quando no pasaba de los cincuenta, ya su valentía era de todo punto inútil, y esto no porque en su corazon hallase cabida el desaliento, sino á

causa de haberle, un insolente y descortés soldado español, cortado una pierna de un sablazo. Sucedió esto un día que la division holandesa que mandaba el noble Baron, habiendo entrado en batalla con una partida de tropa de Felipe II, un alto y malcarado granadero aragones se le acercó, sin duda con no muy buenas intenciones; pero él, que se las conoció, le volvió intrépidamente la espalda, y principió á dar tales saltos por aquel llano, que se parecia muy mucho á una langosta. Y como sus piernas fuesen un tantico largas, las echaba por detras á una buena distancia del cuerpo; y así fué como el dicho granadero, que sin duda no tenia muy ligera la mano, de un tajo le cortó una de ellas á cercen. Desde entónces jamas su odio á los españoles fué inestinguible, y sentia en el alma no poder salir ya al campo; que á poderlo verificar, quizá no hubiese parado hasta conquistar, para los holandeses, el mismo reino de España. En pago de su ardiente patriotismo, el gobierno de aquel pais le confirió el cargo de comisario de la ciudad de Berg-op-Zoom, que desempeñaba en el tiempo que sucedió lo que se refiere en esta verídica historia.

El Baron Van-Miserabustch era uno de aquellos señores que tanto abundan por esa parte del globo. Su baronía no era sino un castillejo medio arruinado; cosa de dos fane-

gas de tierra de labor, y un bosquecillo que tenia buen cuidado de conservar, á causa de una tradicion antigua, que él á lo sumo veneraba, y segun la cual, la familia Van-Miserabustch cesaria de ecsistir cuando desapareciese aquel bosque. Así que, nuestro Baron lo habia cercado de una fuerte estacada, y hacia que varios centinelas, de noche y dia, lo vigilasen.—Ademas tenia una hija hermosísima, que era la niña de sus ojos cuando él se hallaba de buen humor; pero cuando no (que era con frecuencia) la trataba asaz malamente, llegando á veces al extremo de darle en las espaldas sendos muletazos, si cerca de ella estaba (porque es de advertir que el Baron usaba muleta); y si lejos, la pobre muchacha cargaba con un buen pipazo, pues el buen viejo sabia tirar la pipa á las mil maravillas, ni mas ni menos que tiran la barra los mozos aragoneses. De suerte que la linda heredera de Van-Miserabustch pasaba una vida de perros, porque cuando su padre de buen temple se hallaba, casi siempre acontecia que á su madre le dolian las muelas, ó le daba el reumatismo, en cuyo caso era, si cabe, peor que el señor Baron.



II.

EL PRETENDIENTE.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando se presentó en la casa un apuesto mancebo, con marcadas intenciones de enamorar á la muchacha. No se disgustó ella, ya por la linda figura del pretendiente, ya porque deseaba emanciparse de la paterna autoridad, ya, en fin, porque anhelaba tener una hija en quien á su tiempo pudiera desquitarse del maltrato que sus padres le daban. Recibióle, pues, con la mayor amabilidad, si bien á escondidas, no fuera que la pesada muleta de su padre, ó las uñas afiladas de la madre, no quedasen satisfechas con solo los vapuleos y araños de costumbre, sino que se cebasen tambien en las espaldas y bello rostro de Ramirez, que así se llamaba el mancebo, y de esta suerte quedasen sus esperanzas deshechas.

Estas clandestinas visitas duraron unos dos meses, y al fin de este tiempo, Ramirez creyó ser ya del caso el proponerse por yerno del noble Baron, con toda formalidad y etiqueta. Pero habia un punto difícil de allanar, y era el odio del viejo á los españoles; y como Ramirez era gaditano, se hacia

muy de temer una repulsa. Por lo que valióse de un amigo suyo, que lo era asimismo del Baron, el cual una mañanita muy temprano fué á hacer la formal demanda.

—Buenos dias, señor Baron, dijo al entrar en la casa, y al mismo tiempo hizo tres profundas reverencias: el cielo conserve la preciosa vida de vuescelencia tan largos años cual es menester para la prosperidad de la Holanda.

—Buenos dias, amigo, respondió el Baron con gravedad. ¿Se ofrece algo?

El amigo entónces, despues de mil rodeos y cumplimientos, pidió para Ramirez la mano de la linda hija; y ahí fué cuando el buen anciano comenzó á arrugar la nariz, y fruncir el entrecejo, y mirar de reojo, y abrir tanta boca. Pero cuando oyó que Ramirez era español, soltó la rienda á su enojo, y por poco no atropella al oficioso mediador. En vano se le representó que el pretendiente tenia mas onzas de oro que el Baron piedras en su arruinado castillo, y que Juaneta (que así se llamaba la doncella) estaba de él perdidamente enamorada: esto solo sirvió para emperrar mas al noble Baron, que mandando noramala al pobre amigo, llamó á su hija, y tras de afearle el inaudito atrevimiento de amar á nadie sin pedir para ello permiso á sus padres, la encerró en su cuarto, des-

pues de quitarle de las espaldas el polvo, con media docena de muletazos: item mas, le tiró la pipa antes de cerrar la puerta.

Mohino, por demas, quedó Ramirez al oír el mal recado que recibió su demanda; y como no era hombre que por tan poco se acordase, resolvió llevar por fuerza ó por mañana lo que no quisieron darle de grado.

Con tan buena disposicion, pues, y aprovechando la circunstancia de no ser conocido personalmente, ni del Baron, ni de su portero, se encaminó á su casa, resuelto á llevar á cabo una aventura, que por muchos años diese que hablar á los honrados vecinos de la ciudad de Berg-op-Zoom.

III.

MALAS NUEVAS.

Sentado estaba el Baron en su cocina, departiendo en sabrosa plática con varios amigos suyos, á quienes referia por la milésima vez sus estupendas y nunca vistas hazañas; porque es de advertir, que el prurito del señor Baron era referir sin cesar las batallas en que se halló cuando tenia dos piernas, y si álguien no tenia sufrimiento de oírle, estaba

cierto, ó de reñir con él, ó de alcanzar la corona del martirio.*

De esta calaña eran los hechos gloriosos que de sí mismo referia el Baron, y parece que al contarlos, ó mejor dicho, al topar con quien tuviese paciencia de escucharle, se hallaba en el colmo de la felicidad. Pero como nada hay durable en este engañoso mundo, cuando mas engolfado estaba gozando de tan inefable dicha, de repente apareció en el salon la alta y descarnada figura del portero, trayendo una carta para él. Leyóla el Baron, y cuando llegó á la firma, se habia verificado en su rostro una revolucion completa; porque pocos minutos atras rebo-saba de gozo, y ahora puso una cara de condenado, que ahuyentó de la sala á todos los circunstantes.

—¿Quién ha traido esta carta? dijo al cabo á su portero.

—Un jóven, que, en su trage, parece ser criado de alguna casa distinguida.

* Tenia el Baron un criado bajo y rechoncho, hombre de gran nariz y no menores tragaderas, que habia desempeñado el oficio de trompeta de caballería, en la division que su señor mandaba. Este hombre, pues, á trueque de una buena pitanza, desempeñaba el encargo de no dejar mentir nunca al señor Baron; y así cuando á éste se le ocurría algun hecho estupendo de armas, el buen corneta se acordaba de él, y lo acababa de referir con todos sus pelos y señales; y cogiendo su instrumento, repetia los toques que se tañeron durante la accion, y al son de los cuales su noble señor iba derribando españoles, cual pueden derribarse brevas bien sazonadas.

—Voto á....dijo el Baron, arrojando con furia su pipa contra el suelo: voto á Satanás, que he de esterminar esos perros hasta que no quede uno.

Y así, diciendo y haciendo, tomó su muleta, y en compañía del trompeta y del portero, salió hácia el recibidor, con ánimo de interrogar y ecsaminar al portador de aquella carta. Pero no halló á nadie, por lo cual, cerrando puertas y ventanas, salió de su casa sin perder un instante.

En la opuesta estampa nuestro artista ha manifestado lo muy conocida que le era la familia Van-Miserabustch, y no parece sino que se hallaba presente, cuando el inmortal Baron descargó su iracundo brazo sobre la inocente pipa. No se descubren mas personas que el Baron, el corneta y el portero; pero la causa fué, como ya se ha dicho, el haber ahuyentado á los demas el Baron con su ceñudo semblante; y como en esta interesante historia no se diga sino la verdad de cabo á rabo, hubiera hecho muy mal el pintor en tomarse libertades que no le competen, ajando de este modo la veracidad del hecho.

El curioso lector querrá, y con razon, saber lo que decia la fatal epístola que vino á trastornar la gloria y los placeres del señor Baron. Ahí que no es nada: decia que una porcion de españoles, deseosos de tomar venganza de los desaguisados que él les habia

hecho con sus hazañas, iban nada menos que á incendiarle el mimado bosque, aquel de quien dependia la conservacion de la familia Van-Miserabustch. Hé aquí la razon por qué él, y su esposa, y sus criados, y sus perros; en fin, cuanto vicho viviente en su casa habia (esceptuando á Juaneta, que quedó encerrada en su cuarto) salieron corriendo á reforzar los centinelas del bosque, y á rechazar á los desalmados españoles que amenazaban esterminar la familia mas ilustre y distinguida de Flandes.

IV.

LO QUE VALE UNA ESTRATAGEMA.

Desde el dia que comenzó el encierro de Juaneta, la pobre muchacha empezó á quejarse amargamente de la crueldad de sus padres, y á idear de qué modo pudiera sustraerse de su autoridad. A fuerza de ruegos y de promesas logró que el corneta hiciese llegar una carta suya á manos de Ramirez, y desde luego se puso á aguardar con ahinco el momento en que pudiese recobrar la libertad perdida, y proclamar su independencia. No tardó éste en llegar, porque Ramirez, ya está dicho, no era hombre que, una vez resuelto, le sacasen de sus trece á tres tirones.

Aquel día, pues, en que se hizo la grande expedición para proteger el bosque, ínterin el señor Baron, con su montante al lado, su muleta en la mano, y cubierto con el uniforme de general, que constantemente usaba, iba mandando la temible cohorte, compuesta de su muger, seis criados, el corneta y cuatro perros; Juaneta oyó del otro lado de la puerta que la llamaba por su nombre una voz, que entraba por el agujero de la cerradura, y que se parecía muy mucho á la de Ramirez. Éralo en efecto, y apenas se hubieron reconocido, sacó él unos fierros de la faltriquera, y con poco trabajo forzó la puerta del aposento.

—¡Querida Juaneta! dijo al entrar, estrechando á la doncella contra su pecho.

—¡Ramirez de mi alma! respondió ella retornándole el abrazo.

—Al fin te veo, añadió él.

—Al fin has venido, repuso ella.

—Sí, he venido, y aquí estoy en cuerpo y alma, pronto á sacarte de tu prision. Vaya, ¿vienes conmigo?.... No tenemos un solo momento que perder.

Juaneta, que días hacia no deseaba otra cosa, quedó ahora indecisa y sin saber qué hacerse. Un buen rato estuvo sin acertar á decir palabra; pero Ramirez, que sabia cuán importante era obrar con rapidez, comenzó á instarla con el mayor empeño; y avínole

bien que mirando todo el rededor, atisbó los pedazos de la pipa del señor Baron.

—¿Qué intentas hacer? decia: ¿quieres continuar consumiendo tu hermosura y tus gracias encerrada en una prision estrecha, y llorando sin cesar?.... Mira, observa esos fragmentos de ominosa pipa; contempla enarbolada sin cesar sobre tus espaldas la impía muleta de tu padre, ó amagando tus bellos ojos las inhumanas uñas de tu madre, y decide tú misma si no es ya tiempo de que cesen tan crueles y no merecidos tormentos.

Juaneta quedó sorprendida á lo sumo, al oír tan elocuente y sentimental arenga. Verdad que no era la vez primera que oía la voz de Ramirez; mas como nunca oyó salir de su boca sino requiebros y palabras de amor, el tono tragi-cómico en que ahora se espresaba, la dejó, como se ha dicho, muy sorprendida. Pero las palabras, sobre todo, que mas picaron su curiosidad, fué aquello de ominosa pipa, inhumanas uñas, y muleta impía; tanto, que le quedaron, como si dijéramos, estereotipadas en la memoria. Convencida, pues, por tan concluyentes razones, á su vez pareció experimentar en su alma toda la impaciencia que en la suya sentia Ramirez; y procurando imitar el tono y las maneras de su amante, respondió:

—Sí, razon tienes: huyamos, que huir debemos, si no queremos arriesgarnos á padecer

las inhumanidades de mi madre, ó las impiedades muletarias de mi padre. ¡Ay, Ramirez mio! y cómo se me partiria de pena el corazon, si viera que mi padre daba tras de tí ominozasos!... Vamos, salgamos al instante.

—¡Bien, por vida mia! dijo Ramirez soltando la carcajada. Vámonos.... pero.... aguarda: creo que será bueno que te disfraces para que nadie te conozca al salir.

—En efecto, muy bien dices; y ademas quiero cargar con mis joyas, porque al fin yo soy la heredera de Van-Miserabustch, y no hay para qué largarme con las manos vacias.

—¡No, eso no, por vida de mi abuela! Ni un solo escudo quiero de tu padre, pues lo mio nos basta y aun nos sobra. Creeria la gente que para hacerme de tus joyas te habia yo llevado, cuando yo no anhele otra joya que tú misma, porque para mí eres tú la joya mas preciosa que jamas crió naturaleza.

—¡Siempre tan lisongero!

—Y tú siempre tan linda!

—Pero ¿cómo has logrado penetrar en esta casa sin ser visto?

—Con mi industria.

Y mientras iban apresurados calle abajo, contó Ramirez su industria, la cual no fué

otra, como ya lo habrá adivinado el discreto lector, sino ecshibir la carta anónima que recibió el Baron, luego vestirse de criado, llevarla y dársela al portero, y mientras éste fué á entregársela á su señor, esconderse en un rincon, en donde permaneció hasta que la casa quedó desierta.

V.

VENGANZA INAUDITA.

Distribuidas que tuvo sus fuerzas al rededor del amenazado é importantísimo bosque, el Baron y su esposa se sentaron en un ex-canapé de piedra, que así como la baronía y castillo de Van-Miserabustch, parecia que mejores tiempos habia experimentado. Empeñados estaban los dos en congeturar de quién hubieran podido recibir la anónima carta que tan saludable aviso les participaba; y quien hubiese tenido paciencia y oportunidad para escuchar la conversacion, se hubiera indudablemente divertido en sumo grado.

—Este aviso nos llega del cielo; no lo dudes, decia el Baron; porque así como Dios salvó á Jonas del vientre de la ballena, y no